

MI DEUDA CON ERNESTINA (PRÓLOGO)

Esta obra de Antonio Rodríguez Tovar constituye un perfil biográfico y poético muy preciso sobre Ernestina de Champourcin. En él se abordan todas las cuestiones esenciales que plantean la vida y la poesía de esta gran autora contemporánea.

Leer este libro, después de haber mantenido varias conversaciones con su autor sobre la vida y la obra de Ernestina, ha supuesto para mí un acontecimiento muy especial. No es mi intención contar anécdotas o sucesos importantes de mi vida personal, pero debo reconocer que estas páginas sobre Ernestina me han llevado a replantearme con nueva luz varias cuestiones esenciales sobre mi poesía y sobre mi propia conducta. Por si pueden interesar al lector, me referiré a ellas muy sucintamente.

Conocí a Ernestina de Champourcin en la primavera de 1985, en su casa madrileña del Paseo de La Habana. Yo tenía diecisiete años y había llegado a Madrid unos meses antes, desde mi isla natal de Tenerife, para estudiar COU, el curso previo a la Universidad, con el fin de ingresar luego en la Facultad de Filología (sección de Filología Hispánica) de la Universidad Complutense. Un amigo, Enrique Muñiz, ya licenciado en esos mismos estudios y profesor de Lengua y Literatura Españolas en un colegio madrileño, me sugirió conocer a Ernestina, a quien él había entrevistado cuando estudiaba precisamente el COU, con motivo de un trabajo para la asignatura de Literatura Española. Enseguida acepté con entusiasmo: él me dio sus señas y concerté por teléfono una visita a Ernestina de Champourcin, la poeta de la generación del 27 tan olvidada por su exilio mexicano y por su exilio interior en Madrid. Pero muy admirada por jóvenes letraheridos como mi amigo Adolfo Cueto y yo.

Acudí a casa de Ernestina con Cueto, entonces compañero de clase y luego gran amigo y gran poeta, fallecido prematuramente. Eran las cinco de una tarde de domingo. Nuestra anfitriona nos

abrió la puerta y nos recibió con un aspecto tan elegante y una lucidez tan aguda, que enseguida me olvidé de sus ochenta años de edad. Sus gafas bifocales, con un foco de gran grosor sobre los ojos, no la distanciaban de nosotros, sino que hacían más penetrante su mirada. Al momento nos sacó una merienda, en un carrito, para tomárnosla en el salón, mientras hablábamos. Adolfo Cueto, con su discreción de siempre, no le leyó ningún poema suyo. Pero yo, sí: unos poemas muy sonoros, incluidos dos sonetos que habían ganado dos premios para estudiantes de la isla de Tenerife. Ella me dio mucho ánimo tras mi lectura y, antes de empezar a tomarse una copa de vino blanco, nos pidió a los dos que brindáramos con ella por nuestra poesía presente y futura. Para tranquilizarme, me preguntó, mientras alzaba mi copa: "¿Y tú vas a brindar con Coca-Cola?" Yo me quedé dubitativo y ella me animó: "Pues sí, con Coca-Cola".

Esa tarde fue la primera de una serie de visitas, cada quince días o cada mes, entre los años 1985 y 1990, en que terminé mis estudios de licenciatura en Filología Hispánica. Iba casi siempre con un amigo (entre otros, Juan Andrés Requena de Río, Carlos Gil Fernández, Armando Pego Puigbó o el mismo Adolfo Cueto), porque veía que Ernestina se sentía muy satisfecha con uno o varios estudiantes que tal vez podían ser su relevo generacional, aunque sin imponernos ningún criterio estético propio (Creo que, en su caso, la cuestión de las generaciones poéticas tenía mucho significado, a la vez que su interés por la gente joven, como demuestra este libro de Rodríguez Tovar).

En esos cinco años de tertulias en su casa aprendí muchísimas cosas. Ernestina nos recalca que el buen poeta tiene que leer siempre buena poesía, y poesía muy variada: de muy diversas épocas y de muy diverso signo. Un día nos confesó su admiración por su coetánea Rosa Chacel, pero no comprendía que ésta hubiera declarado en una entrevista que ya no leía, que ya sólo se dedicaba a escribir. "Para mí es imposible escribir sin leer", apostillaba Ernestina. Otra de sus grandes lecciones fue la de entender la poesía como un don, para que no intentáramos escribir ningún poema verdadero a fuerza de voluntad propia, como si fuera un texto cualquiera. En tercer lugar estaba otro

mensaje que a mí, estudiante de Filología, me resultaba bastante estrafalario: no fiarnos de los críticos, que escriben muchas teorías sobre la poesía y los poetas. De los críticos no íbamos a aprender a escribir poesía, aseguraba. Sólo recuerdo dos excepciones: Ricardo Gullón y Emilio Miró, tal vez por abordar épocas y autores que a ella le afectaban de lleno.

El caso es que, una vez terminada la licenciatura en Filología Hispánica y viviendo aún en Madrid, dejé de frecuentar la casa de Ernestina. ¿Motivos? Nunca me los planteé conscientemente. Ahora entiendo que pudieron ser varios: por un lado, yo trabajaba ya en 1990 en mi futura tesis doctoral, sobre La poética de José Martí y su contexto (Madrid, Ed. Verbum, 1994), y ella me dijo en una larga conversación telefónica (a partir de entonces hablábamos mucho por teléfono) que Martí no le gustaba nada, que era un poeta muy prosaico (seguramente había leído algunos de sus Versos libres, los "endecasílabos hirsutos", como los calificaba su autor; tan atrevidos y tan modernos en su más pleno sentido). Ese distanciamiento puramente emocional se debió de producir también por el hecho de que yo quería ser un buen investigador literario y, además de poeta, un riguroso crítico; algo que para Ernestina no tenía ningún interés. También influyó, sin duda, el haber conocido y empezado a tratar desde entonces a poetas y críticos muy admirados por mí, que me enseñaron nuevos puntos de vista sobre la poesía y la crítica literaria. Sólo citaré a estos maestros que fueron también verdaderos amigos: Carlos Bousoño, José Hierro, Francisco Brines, Gastón Baquero y el profesor y crítico José Olivio Jiménez. Aunque más "mundanos" en su concepción de la poesía y de la vida (cada uno con sus matizaciones personales), me abrieron otros horizontes que han sido muy útiles en mi trabajo.

En junio de 1993 me llama por teléfono el sacerdote José Miguel Pero-Sanz, confesor de Ernestina y muy conocido por mí. Me dijo que nuestra amiga había tenido una caída y se había roto las dos caderas. Estaba ingresada en el Hospital de san Rafael, de Madrid, y ella agradecería mucho que fuera a visitarla. Dicho y hecho: me presento en su habitación un sábado por la mañana; me acerco a su cama y la veo con buen aspecto. Tras

un saludo inicial, le insisto varias veces: "Ernestina, soy Carlos Morales, ese joven poeta canario que te visitó durante tantos años". No me reconoce. Intento encauzar la conversación por otra ruta: "La semana pasada te vi en la Residencia de Estudiantes, en la conferencia de Octavio Paz [había una multitud tan grande que fue imposible saludarla en ese evento]". Entonces me dice lo siguiente del reciente Premio Nobel: "Ah, sí, Octavio Paz, ese poeta jovencito que yo conocí en México..." Me quedo azorado, y una amiga que la acompaña, tal vez una mujer del Opus Dei, me advierte: "Mira, no insistas. Ella no te va a reconocer". Me volví a casa con mucha pena.

A los cuatro meses, en octubre de 1993, defendí mi tesis doctoral y no se me ocurrió informar a Ernestina, por los motivos ya apuntados. Años después, viviendo yo en Logroño, donde era profesor de literatura en la Universidad de La Rioja, me entero por el diario El Mundo de que el día anterior, 27 de marzo de 1999, había fallecido Ernestina de Champourcin: ¡ese mismo día sería su entierro...!

Desde entonces han pasado veintiún años y, aparte de los artículos que he publicado sobre su poesía, he ido comprobando que todo lo que me enseñó Ernestina era totalmente cierto, incluidos los riesgos que entraña el oficio de la crítica literaria.

Al leer ahora este excelente recorrido biográfico, espiritual y poético que ha escrito Antonio Rodríguez Tovar, sigo sin entender cómo pude distanciarme presencialmente de Ernestina de Champourcin: ella fue mi primera maestra de poesía, mi primera gran amiga en la capital de España y mi segunda madre. Mejor: mi madre madrileña, pues mi madre natural vivía a unos 2000 kms. de Madrid.

Tal vez no es tan infrecuente que los hijos nos comportemos así con nuestra madre. Así fui yo con Ernestina. Lo siento y lo he sentido mucho. Lo cierto es que su obra poética y su memoria me acompañan ahora más que nunca.

Carlos Javier Morales

Valle de Guerra (Tenerife), 21 de julio de 2021

INTRODUCCIÓN

En julio de 1928, una jovencísima poeta inauguraba una nueva sección de *La Gaceta literaria*, prestigiosa revista que se publicó en España entre 1927 y 1932, y que contaba con firmas de gran relieve en su época, como Jorge Luis Borges o Federico García Lorca. Este último, con pretendidos celos por la notoriedad periodística que iba adquiriendo Ernestina de Champourcin –así se llamaba la escritora–, escribía al crítico literario y periodista Melchor Fernández Almagro: "Creo que ya tú no me estimas. ¡Quién fuera Melgarejo! ¡Quién fuera Ernestina! ¡Quién fuera Maruja Mallo!". Pocos años después, Gerardo Diego decide incluir a Champourcin en la segunda edición de su famosa antología de poetas contemporáneos. En la primera no había ningún representante femenino, y solo en esta segunda Diego consiguió superar las resistencias por parte de otros escritores para incluirla, junto a Josefina de la Torre. De este modo, Ernestina se convierte en una de las poquísimas mujeres de la conocida como Generación del 27, edad de plata de la literatura española. El reconocimiento del valor literario de Ernestina crece rápidamente entre los escritores de la época, como muestra una carta de Antonio Machado a la escritora fechada en 1936, en la que le agradece el envío de "Cántico inútil", uno de sus primeros poemarios:

Con gran retraso (...) ha llegado a mi poder «Cántico inútil» (...). Lo he leído con deleite desde la primera hasta la última página, y me dispongo a releerlo. Conocía versos muy bellos de sus primeros libros. Los de este que ahora publica anuncian, a mi juicio, un paso decisivo hacia la poesía integral por encima o al margen de toda moda literaria.

Son algunas manifestaciones de la importancia de la figura de Champourcin en la historia de la literatura en español, que animan a emprender una investigación acerca de esta mujer para comprenderla más allá de lo ya estudiado.

Existen, no obstante, razones igualmente sólidas que explican el interés por la espiritualidad de Ernestina de Champourcin, mujer, poeta de creciente reconocimiento y miembro del Opus Dei. En primer lugar, la aproximación a la cuestión de la relación personal con Dios a través de la consideración de la vida de una mujer concreta resulta particularmente atractiva para la gente corriente del mundo actual, tan sensible al testimonio, a veces tan reacia al dogma; atractivo que se ve potenciado por el valor estético, lírico, de una obra que refleja bien la interioridad cambiante de una mujer a lo largo de más de noventa años, que decide orientar su existencia a la búsqueda de la santidad en medio del mundo. Así pues, del estudio de su vida/obra puede salir a la luz una buena propuesta de vida auténticamente cristiana, que responda a los deseos de felicidad y de santidad. Esperamos que estas páginas constituyan, por tanto, una propuesta de testimonio de conversión motivada por el anhelo de plenitud de Belleza, que suscita la pregunta acerca del Arte como camino a Dios.

En segundo lugar, el descubrimiento crucial por parte de la escritora de las enseñanzas de san Josemaría –que determina en lo sucesivo su vida, influyendo, como veremos, en su producción literaria– ofrece un ejemplo de encarnación del espíritu del Opus Dei a través de su poesía; contemplar, en definitiva, cómo el mundo del arte y de la literatura se ven informados por la presencia de Dios, aun cuando no se trate necesariamente de una obra que se sirva de Dios como motivo creativo; una presentación del mensaje de la llamada universal a la santidad a través de la actividad intelectual y artística de una de las más importantes escritoras de la literatura contemporánea en lengua española. En este sentido, este trabajo ayudaría a mostrar la plasmación de las enseñanzas de san Josemaría en una artista¹: cómo cala el mensaje de la santificación en el mundo en el ám-

1. Contamos, para este fin, con la correspondencia epistolar entre Escrivá de Balaguer y Champourcin, que se encuentra en el Archivo General de la Prelatura del Opus Dei, y que hemos tenido la fortuna de consultar.

bito intelectual, un tema de especial actualidad por ser actual la urgencia de re-cristianizar el mundo del arte y la cultura.

Junto a esto, desde la perspectiva opuesta –es decir, no desde la espiritualidad que deviene poesía, sino desde la poesía que no se explica sin la espiritualidad–, aparece como deber de justicia el dar razón de la motivación creacional de la obra de Ernestina, no reductible a mera poesía religiosa, pero sí fundamentada en la convicción de la autora de que toda poesía es "diálogo con Dios". Por este motivo, cabría preguntarse por "el Dios de Ernestina de Champourcin", Dios que explica conjuntamente su vida y su obra. Se trata de un interrogante que, a juzgar por la bibliografía existente sobre la escritora, todavía no ha obtenido respuesta satisfactoria: en la literatura sobre el tema, Dios queda reducido al mero refugio para una persona que, tras pasar por diferentes sufrimientos a lo largo de su vida, acaba recurriendo a lo último que le queda. No tenemos constancia de ningún trabajo que haya abordado específicamente la relación entre el modo en que la autora busca a Dios a lo largo de las diferentes etapas de su vida, y su obra²; pocos confrontan sus poemas con sus diarios, y sólo a modo general se ha puesto de manifiesto la consonancia entre sus obras y la correspondencia que mantenía con diversas personas. Nuestra propuesta, por lo tanto, pretende abordar los diarios y la correspondencia de Ernestina con algunas personas, que pueden dar explicación de su obra poética.

En tercer lugar, la investigación serviría para exponer un ejemplo atractivo de relación personal con Jesucristo, a través de una mujer cuya principal motivación es la búsqueda incesante de la Belleza, que parte de la convicción vital de que Dios

2. De modo parcial o indirecto algo puede distinguirse de este aspecto en Rosa FERNÁNDEZ URTASUN, «Ernestina de Champourcin: una voz diferente en la Generación de 27», *Hipertexto*; y en Francisca COLOMER, «El exilio interior de Ernestina de Champourcin», en Rosa FERNÁNDEZ URTASUN y José Ángel ASCUNCE (ed.), *Ernestina de Champourcin: mujer y cultura en el siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, pp. 207-223.

es, ante todo, Belleza –como dirá en sus cartas de juventud a otra poeta³–.

Desde el punto de vista de la espiritualidad en la Iglesia, nuestro estudio mostraría en qué medida esta nutre la vida interior de un artista, alguien en permanente sed de plenitud. La Sagrada Escritura, autores místicos medievales como el beato Enrique de Suso, los místicos españoles del Siglo de Oro, la obra del monje trapense Thomas Merton... aportan claves de lectura imprescindibles y son fuente de inspiración para la escritora. De este modo, surgirá la pregunta acerca del valor de la tradición espiritual para satisfacer los más elevados anhelos del artista y del ser humano. Al mismo tiempo, será interesante tener presente que la obra de nuestra poeta nutre la oración de un santo de significativa importancia para su vida cristiana, san Josemaría⁴.

A partir de estas motivaciones, surgen los objetivos del trabajo que pretendemos realizar: una sucinta biografía espiritual de la escritora, que muestre a la mujer de carne y hueso en su actividad literaria y en su búsqueda de Dios. Un estudio que busca presentar a una persona con sed de Dios, que lo encuentra al calor de las enseñanzas de san Josemaría, y cuya actividad literaria no se explica sin Él. De alguna manera, deseamos responder a la pregunta que la propia escritora arroja en uno de sus poemas: "Vuestros ojos resbalan sobre mí sin captarme. (...) Qué sabéis de mi Dios, del Dios que llevo dentro?"⁵. Así pues, un objetivo primordial será el de mostrar la relación entre vida y obra, comprobando el lugar que ocupa Dios en este "entrama-

3. Se trata de la escritora Carmen Conde, con quien Ernestina mantuvo un intenso intercambio epistolar que ha vio la luz hace algunos años gracias a la editorial Castalia y a Rosa Fernández Urtasun. En buena parte de nuestro estudio echaremos mano de su trabajo.

4. Efectivamente, en un encuentro que Ernestina y el Fundador del Opus Dei mantuvieron en México, éste le comentó que con su poesía hacía oración.

5. Poema "El secreto", en Ernestina de CHAMPOURCIN, *Poesía a través del tiempo*, Barcelona, Anthropos, 1991, p. 34.

do": la consecución de una aproximación a la espiritualidad de Ernestina, a través del tiempo, y materializada en su obra.

Una buena manera de dar respuesta a esta pregunta es, estudiada la vida de la autora, repasar temáticamente su trayectoria poética, donde se refleja la madurez del proceso de búsqueda. Consecuentemente, dedicaremos un último capítulo de nuestra investigación a este propósito, con el afán de mostrar la evolución en paralelo de la vida de la escritora y su obra, siempre en referencia a su condición de mujer que busca a Dios, también a través de la literatura.

En referencia a la metodología, comenzaremos ofreciendo un perfil biográfico espiritual de la escritora a partir de diversos documentos relacionados con su vida: diarios, cuadernos con apuntes, cartas... Gran parte de este material se encuentra en el archivo personal de la autora, en la Universidad de Navarra, que hemos tenido la fortuna de consultar. Además, consultaremos las referencias a aspectos biográficos o espirituales que han realizado los estudiosos de Ernestina. Todo esto nos permitirá acometer la parte biográfica de nuestra investigación. Con esta información, elaboraremos un discurso biográfico estructurado en base a la tripartición que la mayoría de expertos distinguen en la vida/obra de la poeta, teniendo en cuenta algunos hitos de su existencia que resultan especialmente significativos para el tema que nos interesa, y que repercuten decisivamente en su obra: amistad con Juan Ramón Jiménez, afiliación política, estallido de la Guerra Civil, exilio en México, conocimiento del Opus Dei, retorno a España, etc. Cada una de estas tres partes quedaría delimitada, pues, del siguiente modo: infancia y juventud en España (1905-1936), exilio en México (desde la guerra civil española hasta 1972), y vejez ya de vuelta en Madrid (1972-1999). Pese a optar por una argumentación narrativa, lineal, cronológica, primará siempre el estudio de las principales influencias espirituales y literarias de la escritora: el romanticismo y la corriente francesa de poesía pura, la mística de san Juan de la Cruz, la lectura y la amistad de Juan Ramón Jiménez, las primeras obras de Thomas Merton, las enseñanzas de san Josemaría, la lectura asidua de la Biblia...

A la luz de nuestros objetivos, por tanto, compondremos en primer lugar el perfil biográfico-espiritual de la escritora, distribuido en tres capítulos que corresponden respectivamente a cada una de las tres etapas de su vida; necesitamos saber quién es Ernestina, especialmente desde el punto de vista interior; conocer su recorrido espiritual y religioso, sus vivencias de la fe, su búsqueda de Dios.

A continuación, afrontaremos la trayectoria poética de Ernestina como correlato a su propia trayectoria vital. De esta manera pretendemos ofrecer al lector un recorrido por el camino de búsqueda de Dios que realiza Ernestina con su vida y con su obra, con su talento literario, tratando de poner de manifiesto las tres etapas en las que puede estructurarse: el misticismo estético de juventud, la consagración a la poesía de temática religiosa tras su conversión en México, y el empeño por santificar su quehacer literario a partir de su conocimiento de la espiritualidad del Opus Dei, que la acompañará ya hasta sus últimos días.

En realidad, todo este proyecto ha visto ya la luz recientemente en forma de tesis doctoral bajo el título *Misticismo estético, poesía religiosa y santificación del quehacer literario: tres etapas de la búsqueda de Dios en la vida y obra de Ernestina de Champourcin*. Cuanto aquí se ofrece es tan solo una adaptación amable –a cargo del mismo autor– de dicho estudio académico defendido en junio de 2021 en la Pontificia Università della Santa Croce (Roma) y publicado en EDUSC, la editorial de esa misma universidad.